

Actividades extractivas entre la tradición y la legislación. Saberes entre musgos y tierra de capote en el corregimiento de Santa Elena, Medellín

Juan Gonzalo Marín

Docente en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: jgmarin1@gmail.com

Marín, Juan Gonzalo (2012). "Actividades extractivas entre la tradición y la legislación. Saberes entre musgos y tierra de capote en el corregimiento de Santa Elena, Medellín". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 27, N.º 44, pp. 164-181.

Texto recibido: 07/07/2012; aprobación final: 25/09/2012.

Resumen. El artículo pretende mostrar la tensión generada entre pobladores, autoridades ambientales y propietarios de la tierra por la actividad extractiva de materiales del bosque en la cuenca de Piedras Blancas en el corregimiento de Santa Elena, municipio de Medellín. La investigación que dio origen al presente trabajo fue financiada por Empresas Públicas de Medellín (EPM), Corantioquia y la Universidad de Antioquia en el año 2006. El hilo conductor es guiado por el diálogo entre saberes locales e institucionales, intentando así visibilizar al *otro*, como parte constitutiva del bosque. Los puntos geográficos del trabajo se centraron en la vereda Piedra Gorda, incluyendo allí a El Cerezo y El Hoyito. Los resultados obtenidos nos muestran a un campesino colector que ha sido invisibilizado. Según la normatividad ambiental, el musguero opera ilegalmente, no obstante, sus conocimientos y propuestas no han sido debidamente atendidos.

Palabras clave: musgo, tierra de capote, musguero, tierrero, saber, conocimiento, comunidad, medio ambiente, cuenca de Piedras Blancas, corregimiento de Santa Elena de Medellín

Extractive activities between tradition and law. Knowledges between mosses and *capote* soil at the village of Santa Elena, Medellín

Abstract. This article aims to show the struggles between settlers, environmental authorities and land owners around the extraction of forest materials in the basin of Piedras Blancas at Santa Elena village in the municipality of Medellín. The research that led to the present work was founded by the Empresas Públicas de Medellín (EPM), Corantioquia and the Universidad de Antioquia in 2006. The main focus of interest of this article is the dialogue between local and institutional knowledges, which makes visible

the role of the *other* (i. e. the peasant) as a constitutive part of the forest. The geographical areas where these research was conducted are the Piedra Gorda *vereda*, and two sectors within it: El Cerezo and El Hoyito. The results obtained reveal a collector peasant (*musguero*) whose environmental practices have commonly been invisible. The environmental laws argue that *musgueros* work illegally; however, their knowledges and initiatives, have not been properly taken in account.

Keywords: moss, *capote* soil, *musguero*, *tierrero*, know, knowledge, community, environment, Piedras Blancas basin, the village of Santa Elena of Medellín

El estudio de la relación entre medio ambiente y sociedad implica analizar por una parte, los efectos sociales de las alteraciones del entorno natural y, por otra, las repercusiones que sobre éste tienen las transformaciones y cambios sociales

García, 2004: 15

Introducción

El musgo y la tierra de capote son elementos naturales que se encuentran en espacios boscosos de clima frío con alta concentración de humedad y agua. Los musgueros o tierreros son las personas que colectan y comercian dichos productos en las ciudades, los cuales mantienen relaciones de diferencia y resistencia con las instituciones encargadas de vigilar y proteger la naturaleza en nuestro país; allí se presenta una contradicción de conocimiento y saber entre los extractores y funcionarios por las formas y las normas ambientales. Este estudio obedeció a la necesidad de Empresas Públicas de Medellín y Corantioquia de mediar entre conocimientos e intereses de legos y letrados en la lucha por la naturaleza.

Esto nos lleva a dos campos del conocimiento: las ciencias naturales y las ciencias sociales, y no solo los dos campos, sino, la misma frontera, donde las visiones se encuentran y su lugar común de actuación no puede separarse por más que se intente, aunque hasta ahora es poco lo que se ha logrado en el proceso de unificación. El conjunto de los problemas que surgen en el lindero mismo del conocimiento ambiental, es conocido como crisis ecológica, que es ya una de las grandes encrucijadas de la humanidad contemporánea. El mundo es finito, es decir, se acaba, se agota, son expresiones que se escuchan en los *mass media*, en la academia, en la calle, etc., es dominio público desde la década del 70. Se advierte, se dice, que los humanos son solo una parte del universo y la mirada se vuelve ecológica, es decir, se cambian los horizontes y el antropocentrismo es reemplazado por concepciones ecológicas “Los seres humanos son solo una especie entre las muchas que están interdependientemente involucradas en las comunidades bióticas que conforman nuestra vida social” (García, 2004: 35). En 1972 se celebró en Estocolmo la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, allí se integra el medio ambiente, el desarrollo y lo social en el plano local e internacional. En dicha conferencia se comienza a crear el discurso de sostenibilidad, el cual es apuntalado en el hombre, en sus derechos

fundamentales como son la libertad, la igualdad y el disfrute de condiciones adecuadas de vida en un medio de calidad, es decir, se abogará por una vida digna que permita el disfrute de la naturaleza, protegiendo y mejorando el medio en que vive para las generaciones futuras.

El desarrollo sostenible se comienza a institucionalizar en 1987, cuando aparece en el informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (CMMAD), presidida por la señora Brundtland, y más tarde en 1992 se consolida en la Conferencia de Río de Janeiro: “Está en manos de la humanidad hacer que el desarrollo sea sostenible, es decir, asegurar que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias” (CMMAD, 1988: 29). La expresión se refiere a un proceso de desarrollo socioeconómico capaz de prolongarse en el tiempo sin minar catastróficamente la capacidad de la naturaleza para mantenerlo. Dicho término se ha difundido masivamente, llegando a ser un lugar común en las propuestas de cambio social, que involucra un importante principio de solidaridad intergeneracional y de una remarcada visión de largo plazo.

En Colombia, la constitución política de 1991 fundamenta teórica y epistemológicamente las normas jurídicas anotadas en la “teoría del desarrollo sostenible” concordantes con los tratados, convenios y leyes internacionales firmados y ratificados por Colombia e incorporados en nuestra legislación.¹ Dentro del contexto de sostenibilidad, el Estado debe cumplir con funciones policivas que permitan prevenir y controlar los factores de deterioro ambiental, imponiendo sanciones y, lo que es más importante, exigiendo la reparación de los daños causados, a través de la mitigación o compensación, es decir, el establecimiento de la responsabilidad ecológica que no llevaría a una indemnización a favor del Estado, sino que llevaría al responsable a restablecer el desequilibrio ecológico y tomar las medidas necesarias para la restauración o sustitución de los recursos naturales.

El aspecto de concebir la finitud del mundo, el desarrollo económico desde la perspectiva social y la permanencia en el tiempo de los recursos naturales posibilitan la emergencia de pensamientos desde todas las disciplinas que tienden a comprender las relaciones de producción industrial versus las tradicionales, es decir, lo moderno vuelca su mirada a lo tradicional, esculcando saberes y conocimientos para involucrarlos en la modernidad. La brecha entre *doxa* y *logos*² se convierte en un puente de diálogo, que visibiliza nuevas formas de actuación sobre la naturaleza y sobre la sociedad misma. Cosa que en pocas ocasiones se ha dado porque desde el ejercicio del conocimiento académico se han excluido históricamente los saberes tradicionales. Como consecuencia, aquellos que se desenvuelven en lo tradicional han perdido, en

1 Estas normas están consagradas en el título I, capítulo 3, artículos 79-80, *De los derechos colectivos y del ambiente*, de la Constitución.

2 Entiendo *doxa* como conocimiento inicial, mítico, no occidental y *logos* como conocimiento científico, occidental.

muchas ocasiones, la credibilidad en los agentes académicos y científicos a nivel nacional e internacional.

El diálogo de saberes es planteado como una confrontación del saber científico y el saber tradicional. Dicha confrontación es presentada como una relación de fuerzas o como un ejercicio de poder (Foucault, 1997). La humanidad, desde los inicios de la racionalidad helénica socrática hasta hoy, ha mantenido oculto o, dicho de otro modo, ha invisibilizado el conocimiento mítico para institucionalizar el conocimiento científico (Herbig, 1996). El dominio de la ciencia instaurado a partir de 1800 (Burke, 2002) dio la estocada final al conocimiento tradicional creando instituciones y nuevos discursos del conocimiento que, con el poder conferido, sentaron nuevas bases de apropiación de la naturaleza.

El saber tiene que estar avalado, aceptado e institucionalizado para poder aplicarse, ejercitarse y difundirse. El obstáculo se construyó, se denominó ciencia, se crearon institutos para mantenerla, se crearon universidades para difundirla y se inventaron instituciones para controlarla y regularla. Es decir, solo se admite un saber, el de la etiqueta. El conocimiento científico generó desconocimiento, aislamiento, exclusión de las memorias de los pueblos, de los antepasados, que hoy reclaman su lugar histórico, que se mantuvo en las tradiciones orales, en los objetos, en las costumbres, en los caminos. Ese lugar que se reclama no es el de la academia, sino el de la comunidad, el de la autodeterminación, el del reconocimiento (Bermúdez et al., 2005). Hoy se habla de saberes locales (Obregón, 2000), de espacios propios, de cultura, de etnia, de pueblo. La institución ya no está sola, ya no puede actuar sola, ya no puede desconocer el conocimiento del otro. El otro obliga al diálogo, a la concertación, al trabajo conjunto.

Hoy se habla de diálogo de saberes, de puesta en común, de construcción de comunidad (Bauman, 2003). Las intervenciones pierden su carácter de poder autoritario respaldado por un conocimiento académico y pasan a ser más bien un espacio de construcción de conocimiento común. Allí la memoria como respaldo de la comunidad es tenida en cuenta en la elaboración o construcción de biografías colectivas o individuales (Beck, 1998). La memoria es social, cultural, económica o ambiental, son esas maneras de relacionarnos con el entorno social, económico, natural; son esas formas de asumir la cotidianidad pensando en el otro, en la comunidad; son las formas de apropiación y explotación, en el buen uso del término, del territorio, de la localidad, de nuestra casa. El territorio, entendido como el espacio físico en el cual se expresan las relaciones de producción y reproducción cultural, social y económica.

Ese otro saber tiene localidades definidas, las cuales se conocen como comunidad, es decir, espacios pequeños y alejados de los centros poblados que tienen un arraigamiento fuerte por la tierra y su relación con sus vecinos; relación marcada por fuertes lazos de solidaridad. En muchas ocasiones definimos a sus habitantes como campesinos o habitantes rurales distintos a nosotros, los de la ciudad, los modernos.

La investigación³ realizada en el corregimiento de Santa Elena intentó dar cuenta de quiénes son los sujetos que se definen a sí mismos como *musgueros* o *tierteros* (en este artículo, ambos términos representan al mismo sujeto), cuáles son sus relaciones con el entorno social y ambiental, su saber y formas de relacionarse con el conocimiento (Campillo, 2001). Así mismo, esta investigación indagó acerca de cómo estos sujetos perciben a las instituciones gubernamentales, y de cómo ellas hacen parte de su cotidianidad. El trabajo fue realizado en la cuenca de Piedras Blancas, específicamente en la vereda Mazo con los subsectores El Salado, El Roque y Mazo Central; Piedra Gorda con los subsectores El Cerezo, El Hoyito y Piedra Gorda; y el sector de Los Vásquez que pertenece a la vereda Mazo. Aunque la investigación tuvo alcance mayor en cuanto a diseñar actuaciones frente a la problemática del musgo y su sostenibilidad en el tiempo desde saberes de la biología y la ingeniería forestal, solo se tomó el siguiente objetivo para el desarrollo del presente artículo: realizar una caracterización social y económica de los habitantes del sector objeto de estudio que incluya la composición familiar y de parentesco, las actividades culturales (uso y disfrute del tiempo libre), sociales (formas de organización social y comunitaria), productivas, extractivas y comerciales. Esto con el fin de determinar la cantidad y el compromiso de aquellas familias que dependen de la extracción de musgos en forma directa e indirecta, tiempos de recolección, cantidades y espacios de intervención.

Intentamos con esto dar cuenta del musguero como ser humano, habitante de un espacio que se disputa con las instituciones, de su relación histórica con la tierra y con un mercado económico que los mantiene sujetos a su dinámica mercantil. Aproximarse al tiertero desde una mirada conceptual es pensar en un campesino diferente del que tradicionalmente conocemos, un campesino que no siembra y no siega, pero que sin embargo vive de la tierra. Esta primera representación mental del tiertero nos lleva a pensar en un campesino extractor que desde una primera mirada se le considera como un ser peligroso para el bosque, por ende dañino con el agua y como resultado de todo, nocivo para la sociedad, pues no es considerado como un elemento para el desarrollo del campo sino que al contrario va en contra de él.

En relación con lo anterior y como fin principal de esta reflexión, lo que se leerá aquí no es un texto que dirija filiaciones con una u otra manera de mirar a un sujeto en su contexto de trabajo. Simplemente, lo que se intenta es integrar una cantidad de actores sociales e institucionales, que permitan dar una mirada complementaria a la situación del tiertero en su contexto social, cultural y de trabajo, teniendo como punto de partida la especificidad que trae consigo observar el lugar geográfico donde

3 Proyecto realizado bajo la modalidad investigación contratada entre la Universidad de Antioquia, Corantioquia y Empresas Públicas de Medellín (2005): “Producción con proyección social: hacia un modelo de cosecha sostenible de musgos en el área de Piedras Blancas, corregimiento de Santa Elena, municipio de Medellín”.

habita, sus condiciones urbano espaciales, y las incidencias que estos dos elementos tienen sin lugar a dudas en las variadas formas de concebir el campo y lo rural.

Metodología

El componente social de la investigación “Producción con proyección social: hacia un modelo de cosecha sostenible de musgos en el área de la cuenca de Piedras Blancas” (primera fase, 2005) tuvo como principio orientador la búsqueda de información cuantitativa suministrada por las personas que comercializan con tierra de capote y musgo. Dicha información permitió caracterizar de manera específica el perfil de la comunidad, la actividad extractiva, la actividad comercial, el factor económico y el uso del tiempo libre. La información cuantitativa fue recolectada mediante la técnica de cuestionario aplicado a 72 personas reconocidas como extractores de musgo seleccionadas de una muestra previa que posee Corantioquia en su base de datos. El objetivo de la utilización de dicho instrumento, obedeció a buscar una estandarización de los encuestados, que permitiese realizar una lectura simple, donde se pudiese asegurar la comparabilidad de las respuestas.

La información cualitativa se orientó a dar cuenta de la memoria histórica y del reconocimiento subjetivo que tienen los tierreros frente a su actividad (García-Ferrando, 2000), frente a sí mismos y frente a las instituciones presentes en la zona e influyentes en su dinámica, pues no se puede comprender un sujeto social aislado de su contexto. Además, este enfoque permite la confianza necesaria para establecer vínculos, que posibiliten visibilizar los saberes tradicionales y su posterior confrontación y diálogo con los saberes académicos, bajo una lógica de reconocimiento de la diversidad. La generación de información desde las estrategias cualitativas pretende visibilizar el mapa relacional que establecen los tierreros con las instituciones, que para el caso de este proyecto tiene más relación con ellos. Otros elementos tenidos en cuenta dentro de la investigación cualitativa son, de un lado, la relación que los tierreros tienen con las formas de organización en sus diferentes formas y, de otro, las perspectivas a futuro que desde ellos se manifiestan.

Cabe anotar que la investigación cualitativa también se generó a partir de las observaciones que cada uno de los tierreros propició a partir de las encuestas, en donde fueron plasmadas sus percepciones y valoraciones frente a sí mismos y a su actividad económica en el marco de la restricción.

La generación de información en los viveros y floristerías

Con respecto a la recolección de información relevante para la investigación en los viveros y las floristerías de la ciudad de Medellín, se presentó un vacío en la misma, ya que las personas que laboraban en dichos establecimientos negaron la venta y comercialización del musgo y la tierra de capote, arguyendo la restricción sobre

dichos productos. Para tratar de recabar la información pertinente y llenar el faltante de conocimiento, se realizaron visitas a varios establecimientos de la ciudad, bajo la figura de investigador encubierto. Se simuló la necesidad de compra de productos, se negociaron precios, cantidades y presentaciones del producto.

Datos de la población

La población extractora de musgo estudiada, se concentra mayoritariamente en la vereda Piedra Gorda, incluyendo allí a El Cerezo y El Hoyito (véase figura 1). Aunque si bien es cierto que la actividad de recolección de musgo es ejercida en casi toda la cuenca, los sectores y veredas objeto de estudio concentran alto porcentaje de personas y familias dedicadas a la venta y comercialización de productos del bosque. Hay que tener presente que dichos sectores presentan poca intervención de fincas de recreo o veraneo.

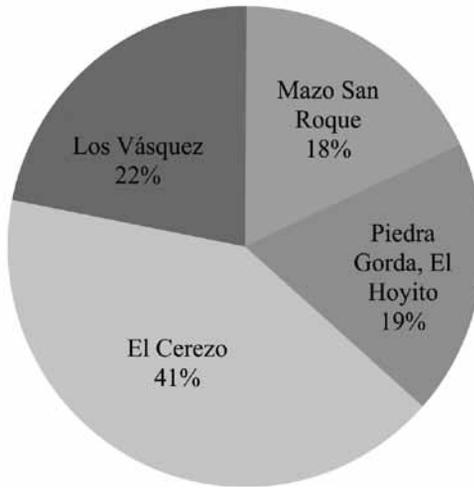


Figura 1. Distribución por veredas y sector del extractor de musgo en Santa Elena

Los extractores de las veredas de la cuenca de piedras Blancas son personas adultas en su mayoría hombres jefes de hogar, con edades superiores a los 24 años, y con una concentración particular en las edades que va de los 35 a los 44 años (48% de los encuestados); en el caso de las mujeres encontramos menor participación en las actividades extractivas (31%); sin embargo, comienzan a más temprana edad a trabajar con el musgo, el 41% se concentra entre los 24 y 34 años de edad.

El musguero cuenta con muy poca educación formal. Su paso por la escuela es escaso (véase figura 2), vemos que el 58% no tiene la primaria completa, y ninguno ha terminado el ciclo de educación secundaria. Es de anotar que en cada vereda existe una escuela y el corregimiento cuenta con una institución educativa. Lo más importante para ellos es aprender a conseguir los recursos económicos para el sostenimiento de la familia y personal. Su formación está determinada por el oficio de sus padres, la cual es transmitida empíricamente en los acompañamientos a las jornadas de extracción.

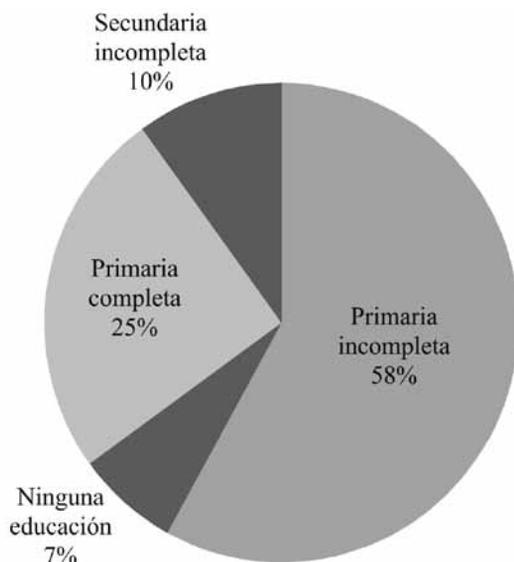


Figura 2. Grado de escolaridad del musguero

Oficio, espacios y tiempos

La actividad extractora no es una actividad nueva, data de una permanencia en el tiempo y una constancia en el oficio, a pesar del conocimiento de su prohibición. Por ejemplo, se encuentra que el 76% de los recolectores de musgo llevan haciéndolo hace más de 10 años, que en muchas ocasiones no es continuo, hay interrupciones temporales. La recolección es heredada por el entorno cultural y social, se repite de generación en generación, los niños aprenden de sus padres y estos a su vez están repitiendo lo de sus padres (Geertz, 1994).

Desde chiquitos nosotros íbamos a vender tierra con papá, flores y otras cositas que él bajaba, también lo acompañábamos a sacar tierra de capote, en ese tiempo íbamos por un camino que se llamaba La Rosa; a punta de tierra mi papá nos levantó, a punta de tierra, el

nunca tuvo un trabajo, y ahora él dice “la tierra antes daba mucho ahora no da nada”, esta tierra que usted ve aquí la compró toda mi papá con la venta de tierra cuando era soltero. El tiempo que le tocó a papá lo vendía para los jardines de las casas, en ese tiempo los jardines eran muy grandes, no se vendía en viveros, pues las casas de Medellín eran muy grandes y parecían una fincas (Entrevista a un musguero).⁴

Las familias en Santa Elena histórica, tradicional y culturalmente han sobrevivido de la extracción de esto desde hace puede decirse que 100 años o más, toda vez que con el crecimiento acelerado que tuvo Medellín en el siglo pasado, en la década del 30 al 40 las comunidades o las personas que se asentaban en Medellín eran un gran potencial de demandantes no solo de tierra, de musgo, sino también de leña, de carbón, porque todavía no se habían desarrollado los sistemas y todas las cosas de energía eléctrica que tenemos hasta el momento [...]. La parte nororiental de la ciudad de Medellín y los campesinos de Santa Elena encuentran como alternativa económica el suministro para una ciudad en crecimiento el musgo, la leña, el carbón; precisamente son cosas que salen del aprovechamiento de productos del bosque (entrevista funcionario Corantioquia, 2006).

La dedicación a la actividad extractora no se entiende como una actividad laboral definida y normalizada en un ciclo de tiempo determinado, se muestra como una labor que es llevada a cabo por pocos y por un solo día a la semana. La extracción del musgo para la mayoría de los extractores no constituye una fuente primaria de ingresos económicos, pues lo expresan constantemente cuando hacen explícitos los términos “ajustar” o “completar” uno u otro pago, obligación y demás. Es importante subrayar el hecho de que la venta de musgo, en la mayoría de los casos, va acompañada de otros productos agrícolas o forestales. El musgo no es el elemento dador de los recursos económicos básicos para la manutención, es una posibilidad más de ampliar el margen de los ingresos económicos y en muchas ocasiones es utilizado como apertura a otros mercados. Así se afirma cuando sostiene que: “[...] la venta del musgo es la entrada para hacer otros trabajos, es un apoyo solamente, del musgo ya no se vive [...] la actividad uno la acompaña vendiendo otras cosas (arepas, moras, flores), si uno baja a vender solo musgo, uno se muere de hambre” (Entrevista a un musguero, 2006).

La extracción y venta del musgo adquiere una peculiaridad, partiendo del contexto en que sus extractores y comercializadores están insertos, lo mismo que de las relaciones que se tejen entre ellos. No todos los que extraen venden y no todos lo que venden extraen, existe una solidaridad interna que cohesiona el grupo social de los tierreros y que se fundamenta en el grado de consanguinidad que los vincula entre sí. Es particular observar cómo la gran mayoría de los miembros de una vereda tienen apellidos en común y resultan siendo primos, hermanos y tíos aunque, en diferentes grados, poseen ancestros en común. Es el caso de los Vásquez y de

4 Se realizaron varias entrevistas a personas denominadas musgueros(as) o tierreros(as). También se entrevistó a funcionarios de Corantioquia y de Empresas Públicas de Medellín. Por seguridad, solo aparecerán como musguero(a) o tierrero(a), término con el que se reconocen ellos mismos.

los habitantes de Mazo que, entre sí, manejan la división del trabajo: las funciones de la extracción, preparación y venta del musgo son divididas y distribuidas entre los miembros de una familia, ya sea extensiva o nuclear. La extracción del musgo solo les ocupa un día, en el cual gastan unas tres horas en promedio, lo que permite visibilizar dos cuestiones: la primera es que hay una buena cantidad del producto en la zona, que permite hacer un barrido constante; la segunda sería que los musgueros tienen una habilidad o maestría en la extracción que les permite optimizar su labor.

Con respecto a la cantidad extraída, encontramos que el 43% de las personas encuestadas respondieron que la cantidad extraída a la semana por ellos consiste en un bulto de musgo, seguida del 21% que afirma sacar dos, estas respuestas pueden cruzarse con el tiempo en horas y días dedicados a la actividad, pues el 53% afirma solo dedicar un día a la sacada del musgo, frente al 57% de ellos que dedica entre una y dos horas a la extracción del musgo. Esto advierte, así, una actividad de corta duración y de poca permanencia en el lugar de la extracción; cabe anotar que el tiempo de la actividad también depende de la cercanía del lugar de extracción a su lugar de residencia, que casi siempre se percibe como cercano, pues se ubica dentro de la misma vereda en predios que sin ser de su propiedad son contiguos a estas. Es el caso del Bosque de los Vásquez. Los lugares en donde los extractores llevan a cabo su actividad no tienen dueño presencial al ser en su mayor parte predios de entidades públicas, cualquiera puede coger donde quiera, pero se evidencia el celo que tienen algunos musgueros en contar de donde lo han sacado, es decir, tienen sus territorios que reconocen desde hace tiempo y se los apropian. Algunos lugares de extracción son: Ranchería, Los Pinales, bosque de los Vásquez, Las Tapias, Cubalera, Piedra Gorda, La Patiño, Universidad, El Chupadero, El Encanto, El Vivero, Tambo, Buenavista, bosque de Piedras Blancas, La Selva, Acueducto Mazo, el Semillero EPM, etc.

Entre quienes almacenan el viaje (término con el que ellos denominan la cantidad de musgo extraída y susceptible de venta) en Santa Elena, el 54% de ellos lo almacena en la casa, seguido del 28% que lo almacena a orillas de la carretera. En Medellín es poco lo que se guarda, solo el 18% lo hace. Esto se da porque el modo de venta es por encargo “lo que se vende es por encargo, cuando a uno le piden musgo, uno lo lleva” asegura un musguero encuestado “La venta del musgo, depende, no hay un tiempo específico para la venta”, de este modo la tendencia de los musgueros es a “vender cuando resulte” como ellos mismos lo afirman, entre quienes tienen la actividad comercial del musgo como fuente de ingresos continua, los barrios de Bello, Belén, La Milagrosa y Buenos Aires son los lugares más frecuentes para almacenar el musgo. Cuando se les pregunta por qué utilizan esos barrios, afirman que se deja a la misma gente que les compra y que además han tejido relaciones de confianza por la permanencia del oficio en un mismo lugar. El viaje es guardado en sus residencias, en las aceras o antejardines. Para el transporte utilizan las busetas que llevan pasajeros, los colectivos o pequeños camiones (jaulas) cuando la cantidad es grande.

Los musgueros prefieren vender el musgo en la calle, como pregoneros a pie o en carretilla por los diferentes barrios de Medellín (véase figura 3).

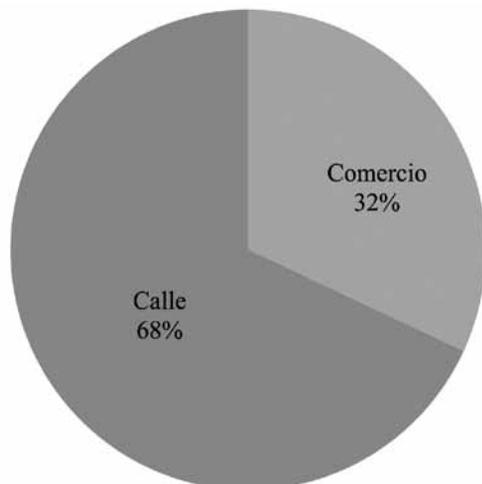


Figura 3. Espacios de venta del musgo

La distribución se hace al menudeo en un gran porcentaje (57%), esto debido a que el precio promedio del bulto de musgo es \$9.000 y el musguero fracciona la cantidad de un bulto de musgo en medidas que ellos denominan puñados, cobrando por cada uno 1.000 o \$2.000 según la cantidad. De este modo el bulto rinde más, pero a consecuencia de esto su trabajo consiste en una venta más lenta e incierta que la anterior, como ellos mismos lo afirman: “la venta de musgo es una lotería, uno sale con un viaje y no sabe si lo va a vender todo, puede que lo venda de una o puede que se demore 15 días uno con él”. Esta venta es individual, no se necesita asociarse ni estar con el otro. El lote se vende a \$6.000, es una venta rápida y la mayoría de las veces el viaje está encargado por una persona, floristería o vivero que conoce del trabajo y la calidad del musgo. Esta consiste en la entrega de uno o varios bultos de musgo, ya sea en la vereda o en los distintos negocios de la ciudad (véase figura 4).

El tiempo de comercialización es a su vez dependiente, por un lado, del azar que ellos mismos aseguran experimentar cuando salen a vender, y por otro lado está relacionado con el modo de venta, pues aunque el 50% de la población afirme que se demora solo un día para la venta, en promedio los días destinados para esta son de dos días y medio aproximadamente. Las horas dedicadas a esta actividad son importantes para comprender la intensidad del trabajo del musguero, pues el 34% de ellos dedica de 9 a 12 horas en la venta del viaje, con promedio de 9 horas y media. Esto significa una jornada laboral extensa en el tiempo, pero relativamente corta en relación con el número de días en la semana.

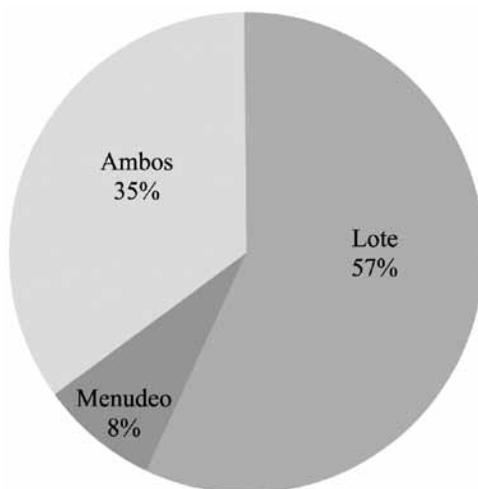


Figura 4. Modo de venta del musgo

“No, eso no es una ayuda, póngame a vender y yo a usted le vendo un clavo caliente, ahora usted me dice Stella véndame un bulto de tierra y yo le digo écheme primero el pasaje; a la hora de la verdad a uno le toca pedir muchas veces el pasaje prestado” (entrevista a una musguera, 2006).

La actividad de extracción del musgo, en muchas ocasiones es realizada para completar un jornal o mesada, ya que no es concebida como solución al problema de pobreza. Es más bien un complemento, que no requiere mucho tiempo y dedicación, que en muchas ocasiones sirve de gancho para vender otros productos forestales como el pino, la cáscara de pino, la colusa (hoja de pino seca), carbón, ramas, varillas, helecho, eucalipto, entre otras; así mismo las artesanías que elaboran con materiales del bosque como las canastas hechas con vara de justicia y diferentes ramajes. Algunos habitantes del sector trabajan en casas de familia por días en la ciudad de Medellín, otros lo hacen como peones en las diferentes fincas de recreo del sector o como ayudantes en los contratos que hace el municipio con las Juntas de Acción Comunal —JAC— en la limpieza de vías y caminos o los que realizan EPM y Corantioquia en la limpieza y cuidado del bosque. Son trabajos ocasionales y por poco tiempo. Esto da pie para que, a veces, la actividad extractora de musgo y tierra sea intermitente y se realice cuando no hay trabajo, o en ciertas temporadas como la decembrina.

La venta de productos agrícolas, como plantas aromáticas, moras, legumbres, papa criolla, uchuvas, vitorias y demás productos cosechados en la huerta de las casas, hacen parte del paquete de posibilidades que los extractores tienen para paliar sus situación económica; la venta de leche y arepas también hace parte de este

grupo. Los jornales en las fincas de verano cercanas al sector y el mantenimiento de jardines en Medellín son otras de las entradas económicas de los extractores del sector. El grupo más concurrido por los encuestados es el referido a la venta de productos agrícolas con el 35% de concentración. Cabe anotar que estos productos, si bien la mayoría de las veces son directamente sacados de las huertas caseras, en muchos casos son comprados y revendidos en la ciudad, pues el espacio de tierra para cultivar es notoriamente reducido.

El promedio de salario semanal que se da en los campesinos extractores es de \$57.179, sin embargo el 36% de la población asegura ganarse entre 60.000 y \$85.000 semanales. Esta cantidad de dinero no solo se hace de la venta de musgo: “la venta de un viaje puede hacerse entre medio día y 8 días, eso depende; el que vive de musgo solo, se muere de hambre, no lleva la papa pa la casa” (Entrevista a un musguero, 2006). Este carácter de complementariedad de la actividad extractora del musgo lleva a una particularidad en el gasto del dinero, pues como ellos mismos afirman, no alcanza para cubrir necesidades totales.

Es persistente además el hecho de la dependencia económica de los extractores con la ciudad cuando responden que el ingreso del dinero es para el pago de deudas, de televisores, equipos de sonido y demás electrodomésticos: “Los gastos de nosotros no son como los de la gente de Medellín. Nosotros no gastamos en ropa ni zapatos [...] entonces estamos pagando el equipo de sonido” (Entrevista a un musguero). Desde esta lógica es manifiesto el hecho de una modernización de las casas de los habitantes de la cuenca, al menos de la población extractora, que es la que está en mención en este trabajo. La comunicación constante con la gran ciudad ha permeado su cultura, adentrándolos en la lógica del consumo, sobre todo el de apariencia, es decir, mientras más consumo, más estatus.

La extracción del musgo es una actividad que se pasa de generación en generación, pues casi el 80% de los musgueros tiene dichos antecedentes: “la venta de musgo es viejísima, tiene más de 80 años, mi mamá murió de 64 años hace 23 años y vendía musgo, ella vendía musgo” (Entrevista a Gladis, musguera, 2006). “Toda la vida hemos vivido de eso, toda la vida a mí me levantaron con tierra, en la casa mi papá tiene 75 años y desde que tenía diez años vendía tierra, haga la cuenta” (entrevista a musguera, 2006).

Es destacable este hecho dentro de la lógica de la investigación, pues desde esta perspectiva se puede sostener el carácter de lo aprendido y trabajado tradicionalmente sobre el carácter de lo rentable y económicamente viable, si pensamos el porqué de su persistencia en una actividad poco rentable. Desde la perspectiva capitalista, posiblemente no lo logremos entender debido a que su actividad va más allá del individuo moderno. Su trabajo es ancestral, está atravesado por rasgos culturales y sociales que les posibilita vivir como comunidad, por fuera de pensamientos individualistas. Aunque parezca contradictorio: su vida se parece a la de la ciudad, pero su trabajo es

arcaico. Ese vínculo con el pasado es el que los liga a su actividad extractora, es lo que han visto y es lo que los une, es decir, les da la identidad necesaria para enfrentar la ciudad, les da la seguridad necesaria para enfrentar a las instituciones y a la autoridad misma. Es tratar de entender esa generalizada afirmación por parte de los extractores: “el musgo ya no da para nada” pero, a su vez, es importante el hecho de que la recurrencia a la actividad sea continua y persistente en el tiempo, a pesar de su prohibición.

Condiciones de sociabilidad

Las JAC no sirven pa' nada, no, no, uno pa ser un líder tiene que estar en las buenas y las malas, los presidentes de acción comunal, se les dice hay un taller una capacitación no se les ven las narices, pero díganles “hay un taller donde viene plata” y ahí los tiene en primera fila, las JAC no han servido nunca, eso de pensar en el beneficio de una comunidad no, la gente hasta se mantiene muy verrionda con esas acciones comunales, eso no sirve, eso piensan en el beneficio propio, y si usted quiere tener la gente ofendida míentele la acción comunal (Entrevista a tierrera, 2006).

[...] No, aquí las juntas de acción comunal no sirven para nada, se la pasan diciendo que van a ayudar que falta esto y falta lo otro y nada por aquí no se ve nada, y aquí porque no pueden alzar con ese salón pero si no se lo llevan, ellos van saliendo con lo que pueden de ahí, lo más malo que hay en esta vereda es la acción comunal (entrevista en campo, 2006).

La pregunta sobre los niveles de asociación resulta importante en el contexto de la investigación, desde la perspectiva de generación de propuestas de integración para resolver los problemas de la comunidad frente a una actividad económica al margen de la ilegalidad. Desde esta perspectiva encontramos que el 62% de la población no pertenece a ningún grupo o asociación, frente al 23% que pertenece a las JAC, y otro 6% que pertenece a las Juntas Administradoras Locales —JAL— y a la asociación de mujeres presente en el sector de los Vásquez, sector que debido a trabajos de intervención con proyectos por parte de varias instituciones como la Universidad de Antioquia, Corantioquia, etc., ha logrado la concreción de propuestas para la solución de los problemas de la comunidad. Esto ha generado en su estructura un fortalecimiento para jalonar procesos de desarrollo sostenible en su interior. Esta experiencia es significativa en torno a la experiencia asociativa como tal, pero de suma complejidad cuando nos enfrentamos a una institucionalización de los procesos de organización desembocada casi siempre en medios clientelistas para la consecución de fines políticos y económicos. Es decir, las JAC con su plataforma institucional han sido el blanco por predilección del rechazo por parte de los tierreros, pues su presencia en la zona ha estado siempre mediada por la oportunidad de conseguir representatividad y por el no cumplimiento de responsabilidades que adquieren los representantes hacia la población.

Resultados

La comunidad de musgueros asentada en la cuenca de Piedras Blancas, que directamente derivan su sustento económico de los productos del bosque aledaño a sus viviendas, asumen por un derecho histórico la propiedad sobre los recursos. Hay una visión antropocéntrica legada y transmitida por saberes locales a través de la oralidad y de la práctica cotidiana de la extracción, es decir, el saber mítico (Herbig, 1996; Burke, 2002) viene de un conocimiento ancestral construido bajo la necesidad de supervivencia de los musgueros y de la necesidad del otro, del ciudadano de construir su segunda naturaleza (Beck, 1998). Los comentarios del tipo: “desde chiquito acompañaba a mi papá a recoger musgo”, que se puede repetir hacia atrás: “porque este a su vez lo conoció de su padre”, etc., nos permite pensar que la relación del musguero con la naturaleza es de un aprovechamiento continuo, que puede extenderse por otro lapso de tiempo, que a su vez puede tornarse infinito. Allí no hay problema porque el musgo siempre ha estado allí. “El musgo si no se saca no crece”, “Sacar el musgo es como afeitarse, entre [sic] más lo hacemos más crece” (Entrevista a tierrero, 2006) son expresiones que escuchamos constantemente en la zona. Eso lo saben los musgueros, pero sienten que no hay credibilidad en sus palabras, los funcionarios desconfían del saber del musguero (Escobar, 1996) e intentan opacar —a partir de la ciencia— lo tradicional (Obregón, 2000).

Si hablamos de comunidad de musgueros (Tönnies, 1946 y Bauman, 2003), no podemos darle el significado que desde la sociología se ha aplicado, esto porque cuando se evoca a la comunidad se apela a la solidaridad, a la seguridad, al calor y fraternidad que emana del grupo, que lo envuelve y le da la identidad necesaria para ser un grupo cohesionado, aunque en muchas ocasiones se develen como tales aprovechando el momento coyuntural, son comunidades perchas que sirven para obtener alguna mirada que los saque del apuro (Bauman, 2003). Esto porque son un grupo de individuos donde sus relaciones de comunidad están fraccionadas por la individualidad y su dependencia como grupo está más asociada a la de sociedad. Sus actividades cotidianas se parecen más a las que se manejan en la ciudad; se les llama campesinos (Wolf, 1978) porque viven en lo rural, pero no cultivan, ni sus relaciones con la tierra son de autosostenibilidad. Sus actividades de consumo social y cultural dependen más de la ciudad de Medellín, lo mismo que su actividad comercial que está supeditada a la capital. Sus modos o formas de vender hacen visible la individualidad en la medida que la venta es realizada en la calle, evitando asociaciones y consiguiendo clientes fijos que perduren en el tiempo, lo cual posibilita el encargo. Esto mismo se evidencia en los lugares de extracción que pasan a ser un secreto, así no haya escrituras, hay acciones de hecho sobre los sitios que permiten la explotación por largo tiempo. Otro asunto interesante es la no credibilidad en los grupos organizados de tipo comunitario, donde se encuentra un porcentaje del 62% que no está asociado, lo que significa que prefieren hacer sus cosas solos, allí la normalización

no es institucional, el proceso de institucionalización del desarrollo comunitario está supeditado a lazos de identidad (Bauman, 2003) que han sustituido la comunidad. Se podría decir también que hay un egoísmo ciudadano de competitividad moderna en sus maneras de actuar, aunque en muchas ocasiones sus relaciones de vecinos enmarcadas en relaciones de parentesco permiten entrever ciertos roces de solidaridad y familiaridad en sus múltiples expresiones veredales y de cercanía.

La configuración del musguero o tierrero que habita en la cuenca de Piedras Blancas, nos permite ver a un sujeto histórico, que ha heredado su oficio, donde su cotidianidad gira en torno a su relación con el bosque y con todo el entorno natural de su espacio. Su oficio es la extracción del musgo, la tierra de capote, varas, helechos, corteza de pino, etc.; su labor se ha formado de la necesidad de los habitantes de la ciudad por mantener su contacto con la naturaleza a través de jardines, materas, adornos, etc. No saben hacer otra cosa, fue lo único que aprendieron para paliar las necesidades económicas que les permitan subsistir en su lugar de habitación. No siembran porque no tienen tierra y tampoco saben cómo hacerlo. Su sustento siempre ha estado ahí, no necesitaban otros oficios para vivir cómodamente, pero hoy las cosas son distintas y ya no pueden satisfacer sus necesidades de los productos del bosque porque la restricción de las autoridades ambientales ha generado mayor conciencia ciudadana disminuyendo el consumo de los mismos. “Ya no se vende casi, es poco lo que piden, eso está muy barato, a veces saca uno el musgo y la policía se lo quita” son lamentos de los musgueros. Lo poco que consiguen escasamente alcanza para pagar algunas cosas. La extracción del musgo pasa a ser una actividad de relleno en muchas ocasiones, que combinan con otro tipo de actividades tanto extractivas como de agricultura de pancoger y de trabajos ocasionales como jornaleros o peones.

Su relación con las instituciones públicas y privadas asentadas en la localidad o con radio de acción en la misma, es de desconfianza, pero a su vez esperan de estas la posibilidad de algún trabajo o ayuda económica para paliar sus necesidades económicas (Williams, 1981). La zona objeto de estudio ha sido visitada por varias universidades, organizaciones no gubernamentales —ONG— y entidades oficiales que han realizado trabajos de investigación y extensión, muchos preocupados por la cuestión ecológica y ambiental. Es decir, hay un creciente turismo científico que ha usufructuado la localidad en beneficio de la ciencia, pero poco se ha quedado. Los musgueros recelan porque cada estudio da como resultado la negación de su entorno como posibilidad económica (Escobar, 1996), es decir, les arrebatan sus posibilidades de sustento y las alternativas de cambio son pocas, el apoyo es escaso y el olvido abundante. Reconocen a Corantioquia como una entidad que ha realizado varios trabajos en Santa Elena, que los incluye en proyectos y que les ha enseñado otras cosas; la Universidad Nacional ha dado trabajo a unos cuantos en la sede, pero los proyectos de extensión y de ayuda a la comunidad son pocos; con respecto a EPM, lo ven como el gran dueño rico que no les permite entrar en sus predios, esa entidad fue la que privatizó el campo, cambió todo, tumbó todo el monte “nosotros trabajamos

con EPM rozando y sembrando pino pátula y ciprés, pero los pinos son malos, secan todo, se chupan todo el agua”. “Es cierto que con el ciprés vino el musgo bueno, el que nos compran más, pero pa’ que si no lo podemos coger”. Hay un creciente rechazo de las entidades por las prohibiciones de sacar productos del bosque, que en muchas ocasiones invisibilizan los alcances de la intervención de las mismas en la zona. Allí se hace evidente la poca importancia que se le da al acompañamiento social a los proyectos de intervención, después del calor y triunfo de los mismos, viene el olvido que posibilita el fracaso o abandono de los mismos. Entra a jugar allí también el dar por hecho la comunidad, lo cual no es cierto, la reunión de individuos no garantiza la permanencia per se, se aprende a vivir del momento, de la coyuntura, se generan comunidades percha⁵ (Bauman, 2003) que los individuos utilizan para su provecho en detrimento del mismo grupo. Eso lo enseñó la modernización y si dicha cuestión no se tiene en cuenta, es poco lo que se puede lograr.

Es indudable que el apoyo económico generado por la venta de los productos maderables extraídos del bosque de Piedras Blancas, es una ayuda significativa para sufragar sus gastos cotidianos. El musgo es barato, a pesar de su ilegalidad, pero la incidencia que se tiene por la competitividad a la hora de vender, hace que el producto baje de precio considerablemente. Es decir, no importa el precio a la hora de vender, así se perjudique al otro o al grupo mismo, motivo por el cual el mercado ilegal hace que el precio lo coloque el comerciante o intermediario. En promedio el bulto de musgo es vendido a \$6.000 por lote y al menudeo en la calle a \$9.000. En los viveros ubicados en las diferentes plazas de mercado cuesta \$10.000 y en los viveros o floristerías de la ciudad se le suma hasta el doble del precio. La cantidad extraída en promedio es de cuatro bultos semanales por persona; mirando el censo de los musgueros declarados, se estima que la extracción semanal sea de 300 bultos. Lo que representa en dinero por lo menos \$2.400.000 en bruto, con una relación individual de \$34.000 semanales aproximadamente. El tiempo dedicado a la extracción y venta del producto es de 3 días. Esto desde la visibilidad de los musgueros censados; entre los comentarios de los entrevistados se deja entrever que hay personas que no quieren darse a conocer y que su extracción es significativa, estos viven en la localidad en veredas como EL Rosario y Barro Blanco; también se puede sumar a aquellos que no son de la localidad, quienes vienen de barrios de Medellín como Manrique, Santo Domingo Savio, Enciso, etc., ubicados cerca al límite del Parque Arví. Si se va un poco más allá de los resultados obtenidos con los encuestados, se puede inferir que la extracción es mucho mayor, incluso puede duplicarse o triplicarse.

5 Bauman denomina a las comunidades percha como aquellas que pueden ser usadas, establecidas o abandonadas por los individuos a discreción o según como si fuesen abrigos que se usan de acuerdo con el clima (2003: 23).

Referencias bibliográficas

- Bermúdez-G O. M. et al., (2005). *El diálogo de saberes y la educación ambiental*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bauman, Zygmunt (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo XXI, Madrid.
- Beck, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo*. Paidós, Barcelona.
- Burke, Peter (2002). *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*. Paidós, Barcelona.
- Campillo, Antonio (2001). *La invención del sujeto*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- CMMAD (Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo) (1988). *Nuestro futuro común (Informe Brundtland)*. Alianza Editorial, Madrid.
- Escobar, Arturo (1996). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Norma, Bogotá.
- Foucault, Michel (1997). *La arqueología del saber*. Siglo XXI, México.
- _____ (2002). *Historia de la sexualidad. 1-La voluntad de saber*. Siglo XXI, México.
- García-Ferrando, Manuel et al. (2000) (comp.). *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Alianza Editorial, Madrid.
- García, Ernest (2004). *Medio ambiente y sociedad. La civilización industrial y los límites del planeta*. Alianza Editorial, Madrid.
- Geertz, Clifford (1994). *Conocimiento local. Ensayo sobre la interpretación de las culturas*. Paidós, Barcelona.
- Herbig, Jost (1996). *La evolución del conocimiento*. Herder, Barcelona.
- Obregón, Diana (2000). *Culturas científicas y saberes locales*. CES-Universidad Nacional, Bogotá.
- Tönnies, Ferdinand (1946). *Comunidad y sociedad*. Losada, Buenos Aires.
- Williams, Raymond. (1981). *Sociología de la cultura*. Paidós, Barcelona.
- Wolf, Eric R. (1978). *Los campesinos*. Labor, Barcelona.